

1924  
Diciembre.

SERVICIO DE PUBLICACIONES AGRÍCOLAS  
Estas «Hojas» se remiten gratis a quien las pide.

Año XVIII.  
Núms. 23-24.



MINISTERIO  
DE FOMENTO

# Hojas divulgadoras

DIRECCIÓN GENERAL DE AGRICULTURA Y MONTES

## La radiotelefonía y el campo.

Con rapidez increíble, la radiotelefonía se va extendiendo por toda España. En Madrid y en Barcelona es ya rara la casa donde no hay ninguna instalación. En las poblaciones donde no hay estación emisora y donde, por razón de la distancia, no bastan los aparatos rudimentarios, los más abundantes en las grandes poblaciones, la afición cunde también, pero, como es natural, con celeridad no tan grande. En los campos, únicamente las personas de mayores medios económicos y de más resuelta afición han podido permitirse lo que todavía resulta un lujo: escuchar los conciertos, conferencias y noticias de Madrid y Barcelona; recoger también, en el caso más favorable, las ondas de Londres o de París.

Hasta ahora, el mayor aliciente de la radiotelefonía en España está en los conciertos, y algún día que otro en las audiciones de ópera; pero ya se van dando conferencias y lecciones prácticas, algunas de positivo interés; se transmiten señales horarias, cotizaciones de Bolsa y mercados y noticias, que anticipan, en extracto, lo que la Prensa diaria nos comunicará detalladamente al otro día. En algunos sitios del Extranjero se hace por radiotelefonía una verdadera labor de enseñanza, dando series de lecciones breves, que constituyen verdaderos cursos intensivos sobre algunas materias de interés general.

Es evidente que si la radiotelefonía es de utilidad y comodidad para los habitantes de las grandes ciudades, lo es en mucho más alto grado para los que pasan en el campo toda o la mayor parte de su vida. Si una buena instalación es demasiado cara todavía para que puedan muchos adquirirla individual y separadamente, no lo es tanto que no pueda costearla un Sindicato, o un número regular de vecinos agrupados en relación con el Sindicato, o con la misma Escuela del lugar, en último término. Y es fácil imaginar que, en cuanto las instalaciones rurales comenzaran a generalizarse, podría la acción oficial, o las grandes agrupaciones agrícolas, o todas, concertadas, organizar a poca costa un servicio de emisiones de interés predomi-

nantemente agrícola y ganadero, transmitiendo lecciones, avisos, consejos, noticias meteorológicas, noticias de mercados, de plagas, de cuanto al campesino pueda importar, y transmitiendo también algo de música y algo que sirva de honesto esparcimiento. Una instalación radiotelefónica y un pequeño cinematógrafo en cada pueblo pueden producir en la vida del campo una transformación mayor que la producida por el periódico.

Aunque en pequeña escala, ya está comenzada la obra. Entre las conferencias transmitidas por las Estaciones de Madrid y de Barcelona figuran ya algunas sobre cuestiones de Agricultura, de Ganadería, de Industrias agrícolas. La voz de la ciudad ha llegado ya a los campos. Y los radioescuchas de las grandes capitales han oído hablar, y ello es bueno, de las angustias, afanes y esfuerzos de los que trabajan en el campo para bien de todos.

Dejamos consignado este hecho nuevo e importantísimo, sin pretensión alguna de planear ni explicar lo que pueda hacerse más adelante.

No faltará ocasión más oportuna para tal empeño. Hoy nos limitamos a la breve indicación que precede y a reproducir como verdaderos documentos históricos, por el valor instructivo que les da su contenido, la primera radiodifusión agrícola, hecha en España por D. José Aragón el 7 de septiembre de 1924, y la conferencia sobre sericultura dada por el Sr. Baleriola poco tiempo después.



## Charla agrícola,

por JOSÉ ARAGÓN.

¡Mal año para el campo!

Las siembras que en el mes de abril marchaban por buen camino, y que con las aguas de entonces se pusieron lozanas y alegres, se cansaron de aguardar inútilmente las lluvias de mayo—del mes que, según dicho vulgar, es la llave del año—, y sin medro, abrasadas por la sed, llegaron fatigosamente a la madurez con escaso fruto.

Los trigos rindieron muy poco, y aun menos provecho se logró de las cebadas; las demás simientes siguieron parecida suerte, y al cabo de cerca de cuatro meses que han pasado sin caer gota de agua, los viñedos y olivares de muchas regiones dan muestras de sufrir los efectos de tanta sequedad y prometen mala cosecha.

Mal año para el labrador y mal invierno el que se avecina, pues nunca fueron tiempos de risa y alborozo, sino de todo lo contrario, aquellos en que al frío y tristeza de la estación se juntaron las estrecheces y desasosiegos que produce una bolsa con más atenciones a cumplir que dinero para pagarlas.

Vosotros los señores de la ciudad que oigáis esta deslavazada charla, acaso no os déis buena cuenta de lo que significa un mal año para los que viven de la agricultura, para toda esa numerosa pobla-

ción rural diseminada por el país, y que le da su sangre, su vigor y su trabajo.

Un mal año es la ruina para muchos hombres y la pobreza para muchas familias; es la triste amenaza de un invierno de hambres y privaciones; es el desengaño y la traición en unos amores consagrados al terruño, para que éste lleve su ingratitud hasta el extremo de poner en duro trance de miseria a quien le acarició con sus cuidados.

Cuando una nube de piedra descarga su furor abatiendo las cosechas, en las aldeas castigadas se producen momentos de general locura, en los cuales, entre llantos de mujeres y niños, desesperaciones violentas de los hombres, voces que desatan la ira y el dolor, blasfemias y oraciones que salen con extraña mezcla de las mismas bocas, la catástrofe brutal se desarrolla, destruyendo en poco tiempo el trabajo y el dinero acumulados de todo un año y los elementos de vida para el siguiente. Un año malo es algo semejante, por sus resultados, a la nube de pedrisco, pero que no llega con tanta violencia, que no hiere con la misma rapidez, que no sacude los sentimientos con tan comprimida e intensa fuerza; trae los males y la desgracia, presentándolos con lentitud, preparando la conformidad, diluyendo los tragos amargos que allá, en las cocinas lugareñas, junto al hogar en donde otros años mejores hubo cantos y algazara, no producen llantos y gritos agudos, como la nube de piedra, sino suspiros hondos, que interrumpen levemente el silencio de una larga y difícil caviación.

Mas los perjuicios del mal año son ya irremediables, y preciso será levantar el ánimo para buscar soluciones que los aminoren y los prevengan en lo sucesivo, siempre dentro de aquellos términos de posibilidad que están en manos de los hombres.

Y es el caso que, dándose a buscar los motivos de la mala cosecha, y fijándose, como es natural, en los efectos de la sequía, nos encontramos con que la tierra recibió, durante todo el año, una cantidad de agua de lluvias más que suficiente para cubrir las necesidades de las plantas, y que no presenta diferencias grandes con las cantidades totales caídas en años anteriores. Y tal observación viene a confirmar las razones sostenidas por un buen amigo mío, que es ganán en tierras castellanas, que con igual sencillez y derecho traza un surco con el arado, que expresa un juicio sobre un asunto, el cual, sin el menor propósito de irreverencia, pues se precia de buen cristiano, asegura firmemente que todos los años pudieran ser abundantes para el campo, con las mismas lluvias que caen, si estas lluvias las repartiera «un hombre formal y de conocimientos».

Pero ya que no sea posible repartir las lluvias a nuestro placer, hay que intentar repartir las aguas que esas lluvias nos proporcionan, en forma tal que, de la abundancia y exceso de unas épocas, guardemos lo que podamos para otras de sequedad.

A estos efectos, contamos con un depósito bastante imperfecto para conservar las aguas; este depósito no puede ser otro que el

suelo. Pero si con nuestras argucias le cuidamos y dirigimos, el mal depósito se convierte en cosa muy aceptable para la conservación de la humedad.

Considerando la tierra que se cultiva como un depósito que nos permita conservar la humedad, necesitamos buscar los medios de abrirla para recoger bien las aguas de las lluvias, y de cerrarle después para que estas aguas no se evaporen y se marchen. Para abrir el depósito aplicaremos buena labor que desmenuce y esponje la tierra, de tal modo que absorba con avidez el agua que caiga; para cerrarle nos valdremos de una tapa imperfecta, es cierto, pero que es la única de que podemos disponer: esta tapafestará constituida por la misma tierra, en forma de capa poco espesa y muy pulverizada.

Poned un poco de vino en un platillo cualquiera y colocad en el plato un terrón de azúcar; suponeos entonces que aquel terrón de azúcar es la tierra y que el vino representa el agua de lluvias almacenada. Rápidamente veréis ascender el vino por el azúcar, por un efecto de capilaridad, hasta llegar a la parte más alta del terrón, que aquí equivale a la superficie del terreno. Ahora poned otro terrón, cubriendo su parte superior con una pequeña capa de azúcar molida, y bien pronto podréis notar que, al llegar el vino a la parte pulverizada, se detiene en su ascensión, por hallar rota la capilaridad, y requiere bastante más tiempo para ganar la superficie.

Ved así explicados los efectos de la tapadera que os propongo. Verdad es que, al fin, la humedad vence el obstáculo y destruye los efectos aisladores de la capa pulverizada; pero no menos cierto resulta que, si con una labor superficial de grada o de cultivador formáis vuestra primera tapa, con nuevas labores superficiales podréis renovarla con la frecuencia que queráis.

En pocas palabras: tenéis los fundamentos esenciales de varios métodos de cultivo que prevén los efectos desastrosos de las sequías, de los cuales tengo el propósito de hablaros algunas veces en estas charlas agrícolas. sin que por un solo momento piense hacerlo en ese tono doctrinal y campanudo que comienza gruñonamente, achacando a la ignorancia y a la rutina del labrador grandes males, y que juzga fácil o simple el modificar sistemas y costumbres que tienen una consistencia adquirida por siglos de práctica y el valor innegable de su acoplamiento al medio local en donde se desarrollan. Yo os prometo que, ya que no puedo daros en dinero la mitad de los consejos, según es fama que debe darse, procuraré, al menos, que, no en su mitad, sino en proporción mucho mayor, miren fijamente a la defensa del dinero del agricultor.

Y al citar el dinero del agricultor, viene a mi memoria la necesidad de proveer a su falta en este año adverso, porque vosotros, labradores que me oigáis, os diréis, con razón: «Bueno está el atender a la sequedad de los campos y el procurar que, por labores bien guiadas, no les falte nunca humedad que ofrecer a las plantas; pero antes que eso hemos de ocuparnos de la sequedad de nuestros bolsillos, pues si no remediamos su vacío, sobran los demás consejos.»

De fijo que en vuestro pueblo, o en otro cercano, habrá un buen hombre siempre dispuesto a remediar apuros y a prestar dinero casi de balde; cualquiera de estas simpáticas personas es posible que os haga el favor de adelantaros cantidades para vuestras faenas, a cambio de que, al llegar la recolección, devolváis en granos el doble de lo que recibisteis. Ya veis que el problema se resuelve fácilmente recurriendo a la generosa ayuda del usurero.

Sin embargo, yo, que ensalzo la importante misión social del usurero y que no regateo mis elogios a su cometido, llevo el entusiasmo hacia tales sujetos hasta el punto de recomendaros que no acudáis a ellos y que, por el contrario, os convirtáis todos en usureros de vosotros mismos, uniéndoos y asociándoos, para conseguir mancomunadamente un crédito mercantil—que de un modo aislado no hallaríais—, y luego, repartiéndoos ese crédito, gravado con los intereses que tengáis a bien, pues por muy altos que los paguéis, no es fácil que os arruinen, ya que sois vosotros mismos los que vais a cobrarlos.

En suma: os propongo, como remedio a vuestras necesidades pecuniarias, el que forméis en cada pueblo un Sindicato agrícola, con su Caja rural de ahorros y préstamos, y que llevéis a esta entidad vuestras garantías, vuestros entusiasmos y vuestras ayudas de todos los órdenes, pues de tal modo lograréis establecer el primero y más importante escalón del crédito agrícola.

Claro está que otro remedio, acaso más inmediato, fuera el conseguir que los precios de los principales productos agrícolas fueran remuneradores y proporcionados a lo que costó el obtenerlos; mas este asunto no depende de los agricultores, ni encuentra favorable ambiente en el consumidor, quien, por endiabladas artes y enredosas intermediaciones, paga mucho más de lo que los labradores cobran por los artículos que producen.

Y aún hay que añadir el que la opinión, que resignadamente tolera y aguanta las alzas violentas de toda clase de mercancías, pone el grito en el cielo a la menor subida de artículos que, como el pan, se llaman de primera necesidad, sin que en realidad lo sean de menos otros, que llenan exigencias del vestido, de la habitación, etc.

Son muy pocos quienes piensan del modo que aquel gañán amigo mío, de quien antes os hablé, que cuando en una ocasión despidió a un hijo que emigraba del pueblo en busca de trabajo, sin llevar idea fija de asiento en otro lugar, le dió este sabio consejo: «De todos los pueblos por donde pases, quédate en aquel en donde el pan esté más caro, pues allí lo pasarás mejor.»

Y quede, por hoy, esta conversación aquí, pero no sin que mi saludo vaya, muy recomendado, a la fidelidad de estas misteriosas ondas que lo transmiten, hasta los agricultores que me oigan, y que en sitios alejados, sin conocerse, sin verse, sin sospechar siquiera quiénes son, hayan tenido sujetos su atención y su pensamiento a iguales ideas y a las mismas palabras, merced al poder mágico de esta hada encantada que se llama Radiotelefonía.

Buenas noches.

## La sericultura,

por GASPAR BALERIOLA,  
Profesor de Sericultura.

Señores radioescuchas: Las industrias rurales son el complemento de toda explotación agrícola bien dirigida, son las más capacitadas para la absorción de los elementos dispersos y desaprovechados; que, concentrándose por medio de inteligentes y laboriosos colaboradores, se transforman en productos aprovechables de gran valor, robustecen y tonifican la economía nacional.

Las industrias rurales, siempre en manos de la rutina y de la ignorancia, han merecido el desprecio, hasta que la Ciencia las ha cobijado cariñosamente.

Desligadas ya de empíricos e inocentes convencionalismos, son industrias de gran rendimiento, perfectamente organizadas, y la avicultura, la apicultura y la sericultura, tal como modernamente se conciben, han dejado de ser un misterio con la intervención de las inteligencias más preclaras del saber humano, dedicándose a estas en otros tiempos tenidas por humildes ocupaciones, han logrado alcanzar el camino del progreso, llano y sin obstáculos, que conduce rápidamente hacia el logro de positivas ganancias.

Es un deber santo e ineludible que, como buenos patriotas, nos hemos impuesto al difundir estas pequeñas industrias agropecuarias, porque sabemos, y estamos convencidos, de que favorecen directamente a nuestras clases agrícolas más humildes y más necesitadas, y porque al calor de estas producciones se han de levantar, pujantes, nuevas industrias y, como consecuencia lógica, extenso comercio, en cuyo desarrollo ha de intervenir la gran cantidad de brazos que hoy nos roba la emigración de una manera despiadada.

Para lograr este bello ideal sólo precisa que quienes quieran demostrar su patriotismo de una manera positiva, concluyente y benéfica, difundan las ventajas del apiario, del que os hablará—amables radioescuchas—el admirado amigo y compañero Profesor Sr. Trigo; de los beneficios que reporta una explotación avícola, orientada modernamente, interesantísimo trabajo a cargo del fraternal colega el Profesor Sr. Crespo. Yo voy a hablaros ahora de la industria de la seda, de algunas generalidades que con ella se relacionan más principalmente, aprovechando vuestra bondad y la feliz iniciativa de Radio Ibérica, que, contribuyendo a esta patriótica labor, de que antes os hablaba, ha puesto sus micrófonos a nuestra disposición.

Por fortuna, en España están organizados los elementos que se necesitan para que esta bella obra sea práctica y decisiva; sólo falta que de ello se percaten eficazmente nuestros elementos directores, y recabando la colaboración—por convencimiento—de los grandes terratenientes y de los pequeños propietarios, autoridades y amantes de la cultura, para que se decidan a oír, consultar e inspirarse en

las enseñanzas que patriótica y desinteresadamente ofrecemos, una legión de pobres hidalgos de la andante caballería de la enseñanza agrícola, rural y ambulante, que sueñan con la prosperidad de la Patria, y no buscan otra recompensa que sus bendiciones.

Es la industria de la seda la industria rural por excelencia (que comprende el apropiado cultivo de la morera y la cría de los insectos productores del precioso hilo), practicada por nuestras clases campesinas desde hace doce siglos.

La antigua producción sedera, en su mayor grado de esplendor, se elevó a la cifra de 12 millones y medio de kilos, con un valor de 70 millones de pesetas, distribuidas profusamente entre 125.000 familias, dando origen a la ocupación de un millón de obreros en las manipulaciones manufactureras y mecánicas de la seda. Hoy sólo producimos millón y medio de kilos, y la industria nacional consume justamente el doble, entregando anualmente al Extranjero más de 9 millones de pesetas, habiendo sido, en otros tiempos mejores, la nación de mayor capacidad productora de Europa.

La base de esta industria descansa en las plantaciones de moreras, ya que las hojas de este precioso árbol constituyen el único alimento del insecto de la seda. Se cultiva esta planta rápidamente en toda la Península, en las orillas del Mediterráneo, como en Nazaret, junto al puerto de Valencia y en las más altas y frías montañas de Valdeavellano de Tera, provincia de Soria, asociada a los cultivos que existen en todas la comarcas. También se cultiva con provecho en los terrenos hoy incultos, en las márgenes de los ríos, barrancos, caminos vecinales y carreteras, terraplenes de los ferrocarriles, plantas próximas a las viviendas de los agricultores. Se aconseja, basándonos en la experiencia, la plantación mixta en forma alta y baja, a siete metros de distancia unas de otras. La producción sericícola puede fomentar al tercer año de plantada. Conviene efectuar la plantación en los meses de diciembre a febrero, llevando a cabo las podas en forma de copa, para obtener la mayor producción de hojas, injertándolas, si es necesario, de las variedades más selectas. Cincuenta moreras bien cuidadas son bastantes para aprovechar la capacidad de una familia agrícola y llegar a obtener cien kilos de capullos de seda.

El insecto productor de la seda es la larva de un lepidóptero nocturno bomicido, denominado científicamente «*Sericaria mori*». Proviene de las semillas o huevecillos depuestos por las mariposas fecundadas, insecto perfecto de la misma especie. La mariposa sale del capullo de seda con traje blanco de desposada, y expulsa unos quinientos huevecillos de color amarillento recién puestos, sonrosados después y grises definitivamente, si están fecundados. Estos huevecillos son aplastados, ovales, compuestos de cascarón, y para no complicar esta breve descripción, diremos solamente que constan de clara, yema y micrófilo; una membrana intersticial en el cascarón, única puerta de salida del futuro insecto. Un gramo de semillas equivale a mil o mil quinientos huevecillos, con un milímetro de diámetro y

peso específico de 1,08, un poco más que el agua. Cuando tratamos de destinarlas a la explotación sericícola deben proceder de razas robustas y exentas de enfermedades transmisibles o hereditarias. Llegada la primavera, y cuando apuntan las hojas de las moreras, se ponen a incubar las semillas, proporcionándoles gradual y lentamente, durante ocho días, una temperatura que oscila entre quince y veinticuatro grados. Al noveno día aparecen los primeros insectos, a los que se proporciona alimentación abundante de hojas tiernas de morera.

Durante sus sesenta días de vida aumenta considerablemente de volumen; recién nacido, mide tres milímetros de largo por uno de ancho, y pesa setenta y cuatro cien milésimas de gramo; al llegar a su mayor grado de desarrollo, consigue ocho centímetros de longitud y algo más de medio centímetro de ancho, con cuatro gramos de peso. Para llegar a su último período de vida en estado larvario atraviesa cinco edades y cuatro mudas de piel.

La alimentación de hojas de morera consumidas aumenta proporcionalmente a su edad, hasta que, salidos de la cuarta muda, comen casi constantemente, y sus vesículas generadoras de la seda se hallan repletas de líquido sedoso, dándole una coloración como de ámbar claro; entonces busca las ramitas de matas secas, escogidas entre las aromáticas por excelencia que puso a su alcance el sedero, y, trepando sobre ellas, comienza su intrincada labor para terminar pronto su maravillosa obra; nuestras clases humildes recogen abundante y remuneradora cosecha, y les recompensa con creces el trabajo que con tanta constancia llevarán a cabo durante el corto período de sesenta y cinco días.

En la práctica sedera, el padre de la familia agrícola sale al campo por la mañana temprano para dedicarse a sus cotidianos quehaceres, y al atardecer, cuando precisamente la savia vivificadora de las moreras circula más lentamente por las redes capilares de las hojas, estando éstas más repletas de elementos nutritivos, hace su provisión, y cuidando de no estrujarlas, las acondiciona debidamente para que lleguen a su hogar tiernas y jugosas, pues así es como mejor las devoran aquellos para quienes se destinan. Llega a su modesta casa, encuentra el yantar dispuesto, la cacerola humeante y el gato cariñoso; la familia agrícola recibe con agrado la provisión de hoja, y minutos más tarde, las andanas, donde reposan los elaboradores de la seda, están en pleno trabajo.

Cualquier local de la casa de campo es bueno para la cría de la seda, prefiriéndose la cocina, por ser, naturalmente, templada y gozar de buena ventilación.

Hace falta recordar ahora que para la acertada explotación sericícola se necesitan los siguientes elementos: moreras en plena producción de hoja, semillas de insectos, incubadora, local amplio y cañizos o estantes en que se verifica el ciclo del desarrollo de la larva, consumiendo una tonelada de hojas por cada treinta gramos de semilla avivada durante toda su vida.

Llegada la cosecha, los sederos, auxiliados por sus vecinos, en animados y pintorescos grupos, desprenden el producto obtenido, que se halla sujeto débilmente a las ramitas de aquellas matas olorosas, y los van depositando en pulcros cestos para que la deliciosa mercancía no se malogre y tenga el mejor aspecto. Así tendrá opción al mejor precio en el mercado, y ahogándolos al vapor de agua cuando las distancias son muy largas, a fin de evitar la salida de las mariposas, pues entonces perdería el capullo todo su valor comercial.

El sedero inteligente puede cosechar, con la ayuda de su familia, hasta 100 kilos de capullos de seda, a 6 pesetas kilo, más 50 céntimos por la misma unidad de peso que el Estado abona como prima, suman 650 pesetas, cuyo ingreso en un hogar agrícola, así, en junto, y ganadas en dos meses y días, suponen sencillamente la nivelación del presupuesto familiar. Con esta pequeña fortuna se pagan las deudas de la tienda, se adquieren dos sacos de harina y queda un remanente que la perspicacia del ama de la casa sabe aplicar como anillo al dedo.

Esta es, a grandes rasgos, la industria sericícola; practicándola es como se robustece una rama importantísima de la riqueza agrícola española, pujante en otros tiempos, y ahora, por la incuria de unos y la ignorancia de los más, ha llegado a ser anémica.

También es de la mayor importancia el ejercicio de la sericultura en las grandes poblaciones, con la colaboración de los jardines municipales y botánicos, cuyos elementos directores debieran ver con el mayor agrado que los niños de las escuelas, así como los asilados de las Casas de Beneficencia y Misericordia, aprendieran jugando, como quien dice, a criar seda; en estas Casas de caridad constituiría un importantísimo renglón en el capítulo de ingresos, pues no hay que olvidar que los menesteres de la campaña sericícola pueden ser desempeñados cómoda y tranquilamente, lo mismo por niños, que por ancianos y adultos.

La sericultura en Francia tiene hoy un valor de 60 millones de francos; medio millón de familias españolas podría producir, en mejores condiciones, más de 300 millones de pesetas con extremada sencillez.

Todos estos razonamientos que hemos tenido el alto e inmerecido honor de exponer en nombre del fomento de la sericultura valenciana ante nuestro augusto Soberano, que, como primer agricultor de la Nación, conoce, hasta en sus menores detalles, la explotación sericícola, contribuyeron a que, como alto ejemplo que imitar, se decidiera a implantar la sericultura en la Real quinta de El Pardo, donde, bajo la asidua dirección de S. A. R. el Príncipe de Asturias, se ha obtenido en el presente año una abundante cosecha, aprovechando las moreras ya existentes en los dominios del Real Patrimonio, y cuyo número ha sido aumentado con las modernas plantaciones efectuadas en la citada Real finca, una de las predilectas del heredero del Trono.

Y para terminar, radioescuchas españoles, Autoridades, maestros

de industria pública, amantes de la cultura y del progreso, patriotas que deseáis la prosperidad nacional, esperamos que, con vuestra colaboración, hemos de ver pronto esplendorosas todas las industrias rurales de la Patria. La legión de pobres hidalgos de la andante caballería de la enseñanza rural, las Estaciones sericícolas de España, y de manera muy especial la de Murcia y los «Fomento Sericícola», de Barcelona y Valencia, asomados a un montículo, sueñan en el amanecer de un venturoso día, observando el aterciopelado verdor de interminables plantaciones de moreras; en el cantar vibrante del gallo de pura raza, que puebla nuestras llanuras; en la blancura excelsa de las cuadradas colmenas movilizadas; en los penachos de humo que vierten al espacio las chimeneas industriales.

En este dulce éxtasis sentimos una caricia, y al volver los ojos, advertimos que es la bandera de España, que ondea en lo alto como símbolo de Amor, de Paz y de Trabajo.

He dicho.



*Las «Hojas Divulgadoras» se envían gratis a todo el que las pide a la Dirección General de Agricultura. Basta la simple manifestación verbal o escrita del deseo de recibirlas, hecha sin formulismo de ninguna clase, para que el peticionario sea inscripto en las listas de distribución.*

*No importa que las peticiones sean muchas. Cuantas más «Hojas Divulgadoras» circulen, mejor será para el país. Pero hace falta que las «Hojas» no resulten tiradas, sino que se lean y se aprovechen sus enseñanzas. El suscriptor a quien le dejen de interesar debe decirlo, para no malgastar ejemplares.*